

reflexion cuando ni yo mismo la hice? Sumamente gozoso de la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití gustoso la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor celo y diligencia. Con efecto, no esperé que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dejé al punto á Serafina, suplicándole me perdonase el susto que inocentemente le habia dado, y asegurándole que presto sabria de mí. Salíme, pues, por donde habia entrado en la quinta, pero con el ánimo tan ocupado siempre en aquella señora, que fácilmente advertí estaba del todo prendado de ella; y nada me lo hizo conocer mejor que la inquietud é impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas quimeras que yo mismo me forjaba en la imaginacion. Parecíame que Serafina, aun en medio de su sentimiento, habia echado bien de ver los primeros fuegos de mi amor, y que no le habia quizá desagradado. Lisonjeábame de que, si lograba averiguar lo que tanto deseaba, seria mia toda la gloria.

Al llegar aquí, cortó Don Alfonso el hilo de su historia, y dijo al ermitaño:—Perdonadme, Padre, si poseido de mi pasion, me detengo en menudencias, que tal vez os fastidiarán.—No, hijo, respondió el anacoreta, de ningun modo me cansan; antes bien deseo saber hasta dónde llegó el amor que te inspiró Doña Serafina para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

—Encendida la fantasía con tan lisonjeras imágenes, prosiguió el caballero, busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia; y frustradas todas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro de él. Desconsoladísimo de ver inutilizados mis pasos y desvelos, volví á la presencia de Serafina, á quien discurría hallar en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo; pero la encontré mas tranquila de lo que yo pensaba. Díjome que habia sido mas venturosa que yo, pues ya sabia donde se hallaba su hermana: que habia recibido una carta de Don Fernando, en que le decia que despues de haberse casado de secreto con Julia la habia depositado en un convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el iris de paz que dé fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que me informó del paradero de su hermana, me habló del trabajo que me habia ocasionado, y sobre todo, añadió ella misma, los peligros á que os espuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin acordarme de que me habiais confiado que andabais fugitivo por cierto lance de honor; de lo cual me pidió mil perdones en los términos mas atentos. Conociendo que estaba falto de reposo, me condujo á la sala, donde los dos nos sentamos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas

negras, y cubria su cabeza un sombrero de los mismos colores que la bata, guarnecido con un airoso plumage negro, lo que me hizo juzgar que podia ser viuda, aunque por otra parte parecia de tan pocos años, que no sabia yo qué discurrir.

Si era grande mi deseo de saber quién ella era, no era menos viva su curiosidad de saber lo mismo de mí. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando, dijo, á vista de mi noble aire, y aun mas de la generosa piedad que me habia hecho abrazar con tanto empeño sus intereses, la nobleza de mi nacimiento. Dejóme perplejo la pregunta: encendióseme el rostro: me turbé, y confieso que, teniendo menos rubor en mentir que en decir la verdad, respondí que era hijo del baron de Steinbach, oficial de la guardia alemana.—Decidme tambien, replicó la dama, por qué habeis salido de Madrid; pues desde luego os puedo ofrecer todo el valimiento y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano Don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirle por menor todas las circunstancias de nuestro desafio. Ella misma echó toda la culpa al caballero que me habia injuriado, y me volvió á ofrecer que interesaria á su familia en mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad, me animé á suplicarle contentase la mia, y le pregunté si era ó no libre.—Tres años ha, respondió, que mi padre me obligó á casarme con Don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda.—¿Pues qué desgracia, Señora, le pregunté, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo?—Voy, Señor, á responderos, repuso ella, y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

—Don Diego de Lara era un caballero muy bien apersonado. Amábame ciegamente; y aunque empleaba cuanta diligencia puede emplear el mas tierno amante para hacerse agradable al objeto amado, y aunque tenia mil bellas cualidades, nunca pudo grangearse mi cariño. El amor no siempre es efecto del anhelo ni del mérito conocido. ¡Ah! añadió ella suspirando; muchas veces nos cautiva á la primera vista una persona que no conocemos. No me era posible amarle. Mas avergonzada que prendada de las continuas muestras de su amor, y forzada á corresponder á ellas sin inclinacion, si me acusaba á mí misma interiormente de ingratitud, tambien me contemplaba muy digna de compasion. Por desgracia de ambos él tenia todavía mas delicadeza que amor. En mis acciones y palabras descubria claramente mis mas ocultos pensamientos. Leía cuanto pasaba en lo mas íntimo de mi alma; quejábame á cada paso de mi indiferencia; y le era tanto mas sensible el no poder conquistar mi corazon, cuanto mas seguro estaba de que ningun otro rival se le disputaba, no contando yo apenas diez y seis años, y habiendo sabido, antes de

ofrecerme su mano, por mis criadas, todas parciales tuyas, que ningun hombre se le habia anticipado á llevarse mi [atencion. Sí, Serafina, me decia muchas veces, me alegraria mucho de que estuvieses encaprichada á favor de otro, y de que ésta fuese la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entonces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa tibieza; pero ya desespero de vencer un corazon, que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi estremo amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma queja, le dije un dia que, en vez de turbar su reposo y el mio mostrando tanta delicadeza, haria mejor en dejarlo todo en manos del tiempo. Con efecto, yo me hallaba entonces en una edad poco capaz de sentir los vivos impulsos de una pasion tan fogosa; y este era el prudente partido que Don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor decir el juicio, y fingiendo que le llamaba á la corte no se qué negocio de importancia, marchó á los Países Bajos á servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia, es decir, el fin de la vida y el de sus pesares.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos Serafina y yo fué acerca del singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el cual puso en manos de Serafina una carta del conde de Polan. Pidióme licencia para abrirla, y observé que conforme la iba leyendo se iba poniendo pálida y trémula. Luego que la acabó de leer, alzó los ojos al cielo, dió un gran suspiro, y empezó á correr por su rostro un torrente de lágrimas. No siendo posible que yo viese con serenidad su pena, me turbé, y como si hubiera ya presentado el terrible golpe que iba á llevar, me cogió un mortal terror que me heló toda la sangre.—Señora, le dije con voz desfallecida, ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia esa carta?—Tomadla, Señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oir estas palabras, tomé temblando la carta, y ví que decia lo siguiente: *Tu hermano Don Gaspar tuvo ayer un desafio en el Prado. Recibió en él una estocada; de la cual ha muerto hoy, declarando al morir que el caballero que le mató fué el hijo del baron de Steinbach, oficial de la guardia alemana. Para mayor desgracia el matador escapó sin saberse dónde se ha escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las diligencias posibles para hallarle. Hoy se despachan requisitorias á varias justicias, que no dejarán de arrestarle, como ponga los pies en algun lugar de su*



jurisdiccion; y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos.—EL CONDE DE POLAN.

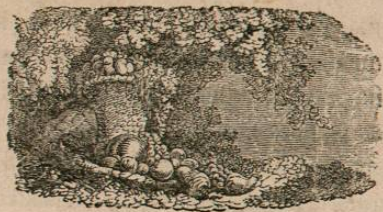
Figuraos el trastorno que la lectura de esta carta causaria en mi ánimo. Quedé inmóvil algunos instantes, sin espíritu ni fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo que la muerte de Don Gaspar tenia de cruel para mi amor. Al momento caigo en una furiosa desesperacion. Arrojéme á los piés de Serafina, y presentándole la espada desnuda:—Señora, le dije, escusad al conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano, sacrificadle por vuestra bella mano su homicida. ¿Qué os deteneis? descargad el golpe, y sea fatal á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida.—Señor, respondió Serafina, enternecida algun tanto de ver mi accion, yo queria á Don Gaspar, y aunque vos le matásteis como caballero, y él mismo fué á buscar su desgracia, al fin soy su hermana, y no puedo menos de tomar su partido. Sí, Don Alfonso, ya soy enemiga vuestra, y haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden pretender de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza, pues si el honor me arma contra vos, él mismo me prohíbe vengarme ruinmente. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder con un vil asesinato al generoso servicio que me habeis hecho. Huid, escapad, y burlad, si pudiéreis, nuestras mas vivas pesquisas; poneos á cubierto del rigor de las leyes, y libraos del inminente peligro que os amenaza.

—Pues qué, Señora, le repliqué, estando en vuestra mano la venganza, ¿la dejais á la severidad de las leyes, que pueden quedar desairadas? ¡Ah, Señora! atravesad vos misma con esta espada el pecho de un malvado, que verdaderamente no merece le perdoneis. No, Señora, no useis de un proceder tan noble y tan generoso con un hombre como yo. ¿Sabéis quién soy? Aunque todo Madrid me tiene por hijo del baron de Steinbach, no soy mas que un desgraciado á quien ha criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quienes debo el ser.—No importa eso, interrumpió Serafina precipitadamente, como si la hubieran causado nueva pena mis últimas palabras: aunque fuérais vos el hombre mas vil del mundo, haria siempre lo que me dicta mi honor.—Bien está, Señora, repliqué: ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi sangre, voy á cometer otro delito haciéndoos una ofensa, que tengo por cierto no me la perdonareis: Sabed, Señora, que os adoro: que desde el mismo punto en que ví vuestra hermosura quedé hechizado; y que á pesar de la oscuridad de mi nacimiento, no perdía la espe-

ranza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir llegaba á un punto mi vanidad, que me lisongeaba de que algun dia descubriria el cielo mi origen, y que éste seria tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una declaracion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavia no os resolvais á castigarme?

—Esta temeraria declaracion, replicó la dama, en otro tiempo sin darme ofenderia, pero la perdono á la turbacion en que os veo; fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite dar oidos á las espresiones que proferis. Vuelvo á deciros, Don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aquí, y os alejeis de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis aumenta mis penas.—Ya no resisto, Señora, repliqué levantándome, voy á alejarme de vos; pero no penseis que, cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar un asilo para defenderla. No, no, yo mismo quiero voluntariamente sacrificarme á vuestro dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia la suerte que vos me preparais: y entregándome á vuestras persecuciones, anticiparé yo mismo de este modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí en derechura á Toledo, donde me detuve de intento ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé como no me prendieron; porque no puedo creer que el conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer salí de aquel pueblo, donde se me hacia intolerable mi propia libertad; y sin fijarme ni aun proponerme destino ninguno determinado, llegué á esta ermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer.—Estos son, Padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; y ruegoos me ayudeis con vuestros consejos.



CAPÍTULO XI.

Quién era el viejo ermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba entre amigos.



UEGO que Don Alfonso acabó la triste relacion de sus infortunios, le dijo el ermitaño:—Hijo mio, mucha imprudencia fué el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado, y vuestro amor á Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí: no os cegueis: es menester olvidar á esa jóven, pues no está destinada para vos. Ceded voluntariamente á los grandes estorbos que os desvian de ella, y entregaos á vuestra estrella, la cual segun todas las señales, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontraréis con alguna bella jóven, que hará en vos la misma impresion, sin que háyais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle muchas cosas para ecshortarle á la paciencia, cuando vimos entrar en la ermita á otro ermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia recogido una limosna muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero; su barba era roja, espesa y bien poblada.—Bien venido, hermano Antonio, le dijo el viejo anacoreta: ¿Qué noticias nos traes de la ciudad?—Bien malas, respondió el hermano barbirojo: ese papel os las dirá; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leído con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó:—¡Loado sea Dios! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir.—Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la palabra al jóven caballero. En mí teneis un hombre con quien juegan como con vos, los caprichos de la fortuna. De Cuenca, que dista una legua de aquí, me escriben han informado mal de mí á la justicia, cuyos ministros deben venir mañana á prenderme en esta